

### CONTINUIDAD DE LOS PARQUES - JULIO CORTÁZAR

Y uno pensaría que con tanto ruido hecho el hombre levantaría la cabeza con asombro, pero no fue así. Siguió sumergido en su lectura, esperando, ¿pero qué esperaba? Él estaba en shock, y así estuvo unos instantes, observando como el pecho del lector subía y bajaba con tranquilidad, y cómo resonaba el pasar de las hojas. Leía con lentitud, como si él no estuviera ahí. Decidido se acercó con firmeza y con su puñal en alto, listo para salirse con la suya. Parecería que hoy su día no era. De repente la puerta del salón se abrió con un estruendoso ruido y, de un momento a otro sólo se escuchaban dos cosas; el agudo rechinido de la madera del piso en contacto con los pies descalzos de la mujer y; el eufórico grito de nuestro lector en el cual se alcanzaba a escuchar un “Sabía que vendría”. La mujer entró a la habitación llorando, con su largo cabello castaño enredado y el rímel corrido, pero eso no le impidió acercarse a su amante y rogarle que mejor no, que cancelaran el plan. Esas instrucciones nunca las debería de haber dado decía la mujer entre fuertes sollozos. Él la miró a sus amargos ojos café y cayó de rodillas con un ruido sordo, aún con el arma en mano. Ella era su debilidad, lo sabía perfectamente. Un relámpago hizo que las luces de la casa vibraran, y cuando éstas volvieron a su normalidad, en el suelo del gran salón se podía observar los cuerpos ya sin vida de los amantes. Él no podía vivir sin ella, pero ella ya no quería vivir con él, su cara lo decía, palabras sobran; por eso una acción lo cambió todo, una difícil decisión, una vida juntos no, una muerte juntos, sí.

Y de un momento a otro sólo veíamos al lector sentado en su sillón rojo derramando unas cuantas lágrimas sobre su novela. El final había llegado y las imágenes se repetían en su mente una y otra vez. La espera había acabado.

(...) Y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo del sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela. El viento hacía volar suavemente el vestido de la joven, sabía que luego de ese “falso adiós” sería libre, libre de abrir el cerrojo de una pasión que ya no sería tan secreta, libre de culpas y penas toda la historia de su matrimonio, al comienzo una intensa llamarada y en un parpadeo una pequeña vela casi extinguida, sería finalizada con un corte limpio.

Se supondría que el ligero movimiento de la cuchilla bastaría para terminar con toda culpa, pero no sería tan fácil. La melancolía inundaba sus pensamientos y las lágrimas correteaban sobre sus suaves mejillas. La historia de su amor no sería reemplazada ni mucho menos olvidada. Lastimando sus pequeños pies con las ramas y hojas secas del bosque en donde alguna vez habría sido feliz, corrió a la cabaña y allí estaba, el hombre sereno en la silla y el arma blanca a unos pocos centímetros de él. La muchacha en un fuerte chillido advirtió a su esposo de lo que ocurriría, pero el amante sintiéndose casi asqueado de la traición que había sufrido, camino hacia ella y en un golpe limpio, casi perfecto, el puñal tiñó el vestido de la joven de un rojo intenso, un rojo similar al de la rosa con la que todo habría comenzado pero que finalizó con una incontrolable necesidad de venganza.

**“Continuidad de los Parques”**

Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo la novela. En ese momento capta la señal indicada para atacarlo, como con toda su fuerza pero no le sirvió de nada. Julio captó el sonido de los pasos en una milésima de segundos y salto del sillón. Entre miedo e insultos logro agarrar su arma de defensa, ni más ni menos que el bastón de su abuelo. La lucha comenzó, se desplazaron por todo el salón pero llegó un punto en el que Julio quedó acorralado, estaba entre el puñal y el precipicio. Él no le temía a las alturas así que se lanzó al vacío, por suerte, cayó en uno de esos robles que tanto apreciaba. Julio ganó tiempo para fugarse, subió a su auto y se dirigió hacia la ruta, tomó un par de desvíos con los que se sintió aliviado, la pesadilla había pasado. Recorrió unos 10 kilómetros al norte, el amanecer se hacía ver, el aire frío penetraba sus fosas nasales. La tranquilidad y el ruido de los pájaros le hicieron perder absolutamente el control de su auto, el mismo dio un par de vueltas hasta que finalmente despertó, todo había sido una gran pesadilla.

FIN

## **Malena C. 4to CN II**

Una constelación de fusiles empezó a acercarse a lo que quedaba de las trincheras y Emilio Careaga supo que esa mañana se terminaba para ellos la guerra y que ahora sabía algo más de sí mismo. A lo lejos se veían ellos, todos esos soldados con la derrota en las manos pero la victoria en el corazón. Se iban, dejando todo en esas zanjas. Destruídos pero convertidos en héroes.

Tanto bailar los había dejado exhaustos, todos sentados en la escalera de la salida del salón. Una de las mejores noches de su vida. A Emilio Careaga nadie podía sacarle esos ojos de victoria y esa sonrisa dedicada a Mercedes Padierna, su trofeo de guerra, su tierra ganada. Su clavel era el más lindo de la bandeja.

## **Facundo C. 4to CN II**

Una constelación de fusiles empezó a acercarse a lo que quedaba de la trinchera. Emilio Careaga no sabía qué hacer, tenía una inquietud muy grande, quería salvar a su compañero y a él mismo pero se creía incapaz. Si sintió como tembló el suelo con el primer fusil y fue en ese momento cuando Emilio recuerda lo que hizo ese día, en la fiesta, que aunque ninguno de sus amigos logró persuadir a Mercedes, él fue capaz de romper ese hilo entre el miedo y la valentía, que habló sin miedo de lo que podría pasar. Cuando se sintió el segundo fusil. Emilio Careaga se armó de valor y rompió ese hilo por segunda vez en su vida, levantó a su amigo y corrió, se sentía indestructible. Acto seguido llegó a una embarcación. Lo había logrado.

## **Fausto S. 4to CN II**

El hombre estaba de espaldas a la puerta por donde él había entrado. Sobre el respaldo verde del sillón él puede apenas ver parte de la cabeza del sujeto, casi inmóvil, viendo directamente al libro, fumando sin apenas apartar la vista de él. Sin querer estorbar la lectura del hombre, el amante, muy curioso y sin comprender qué pasaba, trató de reconocerlo. En un intento de asomarse para poder ver su rostro, una pisada hace que el antiguo piso de madera cruja, rompiendo todo aquel silencio que abundaba en la sala. El lector, suponiendo que era su mayordomo, se volteó y miró atrás enojado hacia el lugar donde el amante estaba parado sosteniendo el puñal. El hombre se sorprendió al ver lo que ve: absolutamente nada, pues una vez que la lectura fue interrumpida, todo el mundo en el que había entrado, desaparece por completo.

## **Fausto S. 4to CN II**

Emilio recordó el valor que tuvo cuando le dio el clavel de la bandeja a Mercedes, él quiso que aquel recuerdo sea lo último que piense estando en la tierra. Que Mercedes, su primer amor, sea la última persona en la que pueda pensar para despedirse de ese mundo cruel, de aquel hostil entorno. Pero al haber meditado todo lo acontecido cuando él apenas tenía quince años, se armó de valor, y ocurrió lo mismo que cuando tomó la flor. Alguna fuerza ajena a su intención inicial de permanecer cubierto lo hizo tomar su arma y empezar a disparar al lado enemigo, a aquel horizonte por dónde venían esas ráfagas de fusiles. Lleno de furia y sin siquiera pensar en lo que hacía, vio como el resto de sus compañeros en pie hacían lo mismo: descargar su ira, su temor. Se dieron cuenta que en vez de esperar a la muerte, debían combatirla, después de todo, no tenían nada que perder.